

DON FAUSTINO. Yendo hacia el jardín, por donde se retiran. Cada día lamento más no haber nacido medio siglo después.

GRACIA. Á GONZALO, que sale por la derecha. ¡Gonzalo! Ya era hora.

GONZALO. ¡Gracia! Perdóname.

GRACIA. ¿Estás contento?

GONZALO. Te ofendería si no lo estuviera.

GRACIA. ¿Y tus padres?

GONZALO. No los hay más felices. Otra razón para que yo esté contento. ¿Y el tuyo?

GRACIA. Me adora, y basta. Al jardín se lo ha llevado Manolita. Nuestra amiga le estará contando... lo que él sabe de más...

Se sientan.

GONZALO. ¿Crees tú?... ¿Y á mí que me gustaba este misterio de nuestro cariño?... Me asusta pensar lo que dirán de mí cuando se sepa.

GRACIA. ¡Vuelta á los temores de la opinión! Aprende á despreciarla, tonto. Lo que pienses tú de ti mismo, eso es lo que debe importarte.

GONZALO. Ahora sólo me importa lo que pienses tú. Á tu lado no soy el que soy. El mundo de todos se acaba para mí cuando te hablo, cuando te veo, porque tú eres mi mundo, mi sueño, mi musa, mi ideal, mi reina protectora...

GRACIA. Y sin embargo, digas lo que digas, te acuerdas del mundo de los demás y tienes penas esta tarde. ¿Es cierto?

GONZALO. Sí. Pero tus ojos las disipan.

GRACIA. Pero las tienes. ¿Cuáles son? ¿Qué puede amargar tu alegría?

GONZALO. La tristeza que engendra, Gracia.

GRACIA. ¿Á quién?

GONZALO. Á muchos.

GRACIA. Á los que nacieron ruines y miserables.

GONZALO. Es que ellos no hubieran querido nacer así.

GRACIA. ¿Los disculpas?

GONZALO. Los disculpo... y los compadezco. Pero me nublan la alegría. Siento á veces tener satisfacciones y glorias, porque sé que para muchos son rabia y dolor.

GRACIA. Pues, hijo, yo no voy tan allá; acepto las cosas como las hallo. Los que rabien y se dueñan de lo de esta tarde, no son dignos de lástima.

GONZALO. Hay en ello un hecho, Gracia de mi vida, que me tiene fuera de mí. ¿Viste á José Ramón?

GRACIA. No lo vi; no estaba.

GONZALO. Pudo estar y no verlo tú.

GRACIA. No estaba.

GONZALO. ¡Hombre más extraño!... Yo no quiero que sea verdad esta sospecha que me está quemando el corazón como un hierro encendido...

GRACIA. ¿Dudas de su lealtad?

GONZALO. Á pesar mío, dudo.

GRACIA. ¿Hace mucho que no hablas con él?

GONZALO. Desde que le salvé á Nela.

GRACIA. ¿Á su hija?

GONZALO. Sí. ¿No te he dicho?... Con tanto hablar de tantas cosas... Estuvo muy grave. Sin saber yo por qué, llamó para que la viera á don

Alejo... Y la niña se moría, se moría... y hasta entonces no acudí á mí.

GRACIA. ¡Cosa más singular!

GONZALO. Es misterioso y raro como ello solo. Desalado corré á la casa... Figúrate; yo sabía que Nélita era su único cariño. Le reñí duramente. Él no supo excusarse; parecía idiota; no me decía más que: «¡Sálvala!... ¡sálvala!...» Fué preciso operar como único remedio; la niña se ahogaba... se ahogaba por instantes... Se llevaba las manecitas crispadas al cuello, como si quisiera arrancarse el dogal angustioso que la oprimía... Practiqué la operación felizmente... Á todo me ayudó José Ramón con frialdad y firmeza de estatua... Pero cuando vió que el aire entraba al fin en los pulmones de su Nela, que su carita se animaba, que su color violáceo se extinguía, que abría los divinos ojos y lo miraba con ansia de vivir, José Ramón rompió á llorar como un loco y se puso á besarme las manos, manchadas aún con sangre de su hija.

GRACIA. ¡Qué dolor!

GONZALO. Seguí yendo á la casa hasta que dejé á la niña fuera de peligro. Él me recibía siempre tembloroso, febril... casi mudo. Después de esto, ni él me ha buscado como de costumbre, ni yo lo he visto por ninguna parte.

GRACIA. Es increíble.

GONZALO. Únicamente lo explica mi sospecha... y por eso me duele tanto.

GRACIA. Pensativa. Es verdad.

Sale DANIEL por la puerta de la derecha.

DANIEL. Señorito.

GONZALO. ¿Qué hay?

DANIEL. El señorito José Ramón pregunta por usted.

GONZALO. Con gran sorpresa, levantándose. ¿Eh? ¿Pero está ahí?

DANIEL. Sí, señor.

GONZALO. ¿Está usted seguro de que es él?

DANIEL. ¡Seguro! Me ha dicho que haga usted el favor de salir, que tiene que hablarle.

GONZALO. ¡Casualidad mayor!

GRACIA. ¿Qué te querrá? Lo mejor es que entre.

GONZALO. Sí, sí... Dígale usted que entre.

Vase Daniel.

GRACIA. Te dejo con él.

GONZALO. Sí... Me ha sobrecogido... Sea para lo que sea, me alegro de que me busque esta tarde.

GRACIA. Allá veremos para lo que es. Hasta luego.

GONZALO. Hasta luego.

Vase Gracia por la puerta de la izquierda, mirando á Gonzalo.

Gonzalo mira hacia la puerta por donde JOSÉ RAMÓN ha de salir. José Ramón tarda un poco.

JOSÉ RAMÓN. Gonzalo, Dios te guarde.

GONZALO. Bien venido seas, José Ramón. Hubiese yo sentido que no me vieras en el día de hoy.

JOSÉ RAMÓN. Yo no habría podido pasar sin verte. Vengo de tu casa: me dijo tu madre que aquí te encontraría... Tengo que hablar contigo.

GONZALO. Háblame.

JOSÉ RAMÓN. Aquí no. Vámonos al campo: los dos solos...

GONZALO. Ahora es imposible. Más tarde... á la noche...

JOSÉ RAMÓN. No: ahora. ¡No espero ni un segundo más!

GONZALO. Pues habla: ¿para qué hemos de movernos de aquí? Estamos solos.

JOSÉ RAMÓN. Pues bien: oye tú. Decidido estaba á escaparme de Guadalema como un ladrón, á esconder mi vergüenza y mi desgracia en el último rincón del mundo. Pero ni escaparme he podido: hay una fuerza superior á las mías que aquí me ata, que me acerca á ti, que me impide ser dueño de mi voluntad...

GONZALO. No te entiendo, José Ramón... ¿Qué dices? ¿Qué quieres?

JOSÉ RAMÓN. Confesar.

GONZALO. ¿Confesar... qué?

JOSÉ RAMÓN. Lo que soy... lo que he hecho contigo.

GONZALO. ¿Tú?...

JOSÉ RAMÓN. No puedo más; tenme lástima. Desde que cayó enfermita mi Nela sostengo una batalla interior que me destroza... Nunca creí que resistiese tanto un cuerpo miserable... Á un movimiento de Gonzalo. Óyeme: no me digas nada hasta oirme... Habla con anhelo, entre lebril y avergonzado, con ansia de librarse pronto del peso que lo oprime. Gonzalo, tú no sabes qué cosa es la envidia ni á qué extremos lleva. Corazón en que arraiga, corazón podrido... Tan ambiciosa es que no quiere que ningún otro sentimien-

to la estorbe... Á mí me los aniquiló todos, menos el amor á mi hija, por ser ajeno á ella... No presumía que alguna vez este amor pudiera convertirse en su enemigo y la venciera y la delatara... Yo he sido, yo, tu amigo, tu hermano, quien te hizo tropezar y caer en el camino de tu empresa noble y grande... Yo he sido, sólo yo: no los culpes á todos; no culpes á ninguno... Cúlpalos por indiferentes, por frívolos, por necios, pero por enemigos no. He sido yo, yo sólo, quien socavó los cimientos del edificio que ya empezaba á levantarse para gloria tuya. Removí las pasioncillas ruines, las miserias, el fango, poco ó mucho, que llevamos dentro... ¿Quién no tiene una llaga de la que salta sangre con sólo un soplo?... Logré mi empeño: destruí tu obra; triunfé; vencí... ¡Imbécil! ¡Triunfo ridículo; victoria necia!... ¡La envidia no destruye nada, más que el cuerpo ruin que la lleva dentro!... Tu fracaso... óyeme, Gonzalo, óyeme bien... tu fracaso me produjo una alegría insensata... feroz...

GONZALO. Calla: no sigas.

JOSÉ RAMÓN. Déjame hablar, que cada palabra es una saeta que tengo clavada en el pecho, y me las voy sacando una á una. Tu fracaso me llenó de júbilo: era la primera vez en la vida que dominaba yo, que imponía mi voluntad, que vencía. Trabajo me costó no salir por las calles riendo á carcajadas. ¿Has visto alguna vez alegría más triste? Con ironía. Pero como en el mundo no hay dicha completa, sin duda para que no la saboreara á gusto, mi Nelilla enfermó. No quieras pensar el espanto que se apoderó de mi alma: te juro que después de

aquello no hay en lo humano nada que me estremezca. Llamarte era imposible, y sin embargo yo sentía que tú podías salvar á mi tesoro... ¡Tremenda pelea entre mi conciencia y mi corazón!... Tremenda... pero breve. La niña enferma... moribunda... venció al padre cuando se creía más fuerte y poderoso... ¡Pobre José Ramón!...

GONZALO. Basta ya, basta ya...

JOSÉ RAMÓN. No basta: me quedan saetas todavía. El talento y la ciencia que yo te envidiaba, aquello que me hizo atentar contra ti... aquello que yo hubiera querido arrebatarle, me devolvió lo único que sentiría que me quitaran: mi Nela. ¿Imaginas castigo mayor? No sabes tú, no sabe nadie lo que es mi Nela para mí. La de sus ojos es la única luz que entra en mi alma, que alumbrá mi casa y mi vida; su infantil charloteo, la única música que halaga mis oídos; sus mentiras, sus cuentos, sus historias, lo único que en el mundo me interesa; las de sus manitas suaves las únicas caricias que tengo... Ella me riñe, me canta, me pega, me divierte, me arrulla... Por las noches no duermo si yo no voy á asustarle el miedo: por las mañanas va á besarme á la cama y me despiersta como un rayo de sol... Mira todo lo que me has devuelto tú en pago de lo que yo te hice. Perdóname.

Silencio.

GONZALO. Quien así siente... y sufre... y confiesa, bien merece que se olvide su culpa y se le perdone... Hacer bien, acaso sea más fácil que hacer mal, arrepentirse y confesarlo.

JOSÉ RAMÓN. Dios te lo pague. ¡Quién pudiera borrar los hechos!...

GONZALO. Abrazándolo. No hay manera de borrarlos más que así.

JOSÉ RAMÓN. Ni aun así se borran. Ese Asilo de niños, cuya primera piedra se ha puesto hoy, será para mí perpetuamente una acusación y una burla.

GONZALO. Pero será también un consuelo.

JOSÉ RAMÓN. Verdad. *Callan un instante.* ¿Y Gracia?

GONZALO. Conmigo hablaba cuando llegaste tú.

JOSÉ RAMÓN. Dime: ¿es cierto lo que se murmura por Guadalema?

GONZALO. ¿Qué se murmura?

JOSÉ RAMÓN. Que la quieres.

GONZALO. Es cierto.

JOSÉ RAMÓN. ¡Qué hermosa es tu vida!... ¡qué envidiable! ¡Cuántas veces me acuerdo, pensando en ella, de la primera conversación que tuvimos cuando yo vine á Guadalema! ¿Te acuerdas tú?

GONZALO. Mucho.

JOSÉ RAMÓN. «¡El hijo de Vega el herrero!» ¡Ya le llaman á tu padre «el padre de Gonzalo!» ¡Qué orgullo para ti!... ¿Por qué no he tenido yo nunca nada de esto? ¿Tú sabes responderme?

GONZALO. Yo no.

Vuelve GRACIA por la puerta de la izquierda.

JOSÉ RAMÓN. ¡Gracia!

GRACIA. Dichosos los ojos...

GONZALO. Ya pareció.

GRACIA. Aquí habíamos hecho comidilla de usted.

GONZALO. Tiene disculpa. Perdónalo tú como yo, porque tiene disculpa.

JOSÉ RAMÓN. Mi Nela... mi niña... ¿sabe usted?... ha estado enfermita... muy grave... Gracias á éste...

GONZALO. Y atendiéndola con mil cuidados, primero... y distrayéndola, después... no ha podido...

GRACIA. Nada más natural.

GONZALO. Casi casi es la niña quien le ha hecho venir á buscarme.

JOSÉ RAMÓN. Cierto, cierto... *Con emoción vivísima.* Gonzalo sabe ya lo que mi Nela puede conmigo... Él me ha perdonado... ¿Usted también me perdona, Gracia?

GRACIA. También; es claro... Una niña, una hija, manda imperiosamente.

GONZALO. Los niños gobiernan ahora; á nosotros, á tí...

JOSÉ RAMÓN. ¡Y cuánto mejor gobiernan que los hombres!

GRACIA. Como que los hombres mejores son los que tienen algo de niños.

JOSÉ RAMÓN. Verdad, Gracia, verdad. Siempre que vengo aquí, me voy contento. ¡Pero qué diferentes alegrías, aquélla... y la de hoy!... Adiós, Gracia; adiós, Gonzalo.

GRACIA. ¿Se va usted?

GONZALO. ¿Te vas?

JOSÉ RAMÓN. Á buscar á mi Nela: mi dicha. Los dejo á ustedes con la suya.

GONZALO. Adiós.

GRACIA. Adiós.

JOSÉ RAMÓN. Adiós. (¡Lejos de aquí: muy lejos!...) *Vase por la puerta de la derecha, taciturno y sombrío.*

GRACIA. Con amargura. ¿Acertaste?

GONZALO. Por desdicha, acerté. Yo no he sentido nunca tristeza más grande... Sólo me alivia de ella la confesión de mi pobre amigo; esta conquista hecha por la fuerza del dolor y del bien. Quizás no era malo, y su vida lo arrastró á serlo. La de su hija creo que lo salvará...

GRACIA. No lo dudes: la Nela te devuelve á tu amigo.

GONZALO. Siempre salen de tu boca palabras de consuelo para mí. Olvidemos estas batallas pasajeras y hablemos de nosotros. Mírame, que quiero olvidar...

GRACIA. Todo me lleva á ser feliz esta tarde.

GONZALO. Ocultemos nuestro cariño, Gracia; escondámoslo en nuestros corazones; que nadie lo vea, que nadie lo conozca, para que nadie lo pueda manchar.

GRACIA. No temas, Gonzalo; contra este castillo ideal que hemos levantado para vivir nosotros, nada valen los hombres.

GONZALO. Pero lo envidiarán también.

GRACIA. ¿Y qué importa? El que sepa envidiar esta ventura, la merece.

DON FAUSTINO y MANOLITA llegan del jardín muy graves los dos.

DON FAUSTINO. Amigo don Gonzalo...

GONZALO. ¿Don Faustino?

DON FAUSTINO. Acabo de saber por esta señora una cosa que ciertamente no esperaba, y que,

á decir toda la verdad... Viendo la turbación de Gonzalo corta la broma y se echa á reír. ¡Vamos, hombre, no ponga usted esa cara tan seria! ¡Es la primera broma de suegro! ¡Abrácame usted!

Manolita y Gracia se ríen.

GONZALO. Abrazando á don Faustino, pero protestando contra la broma. ¡Don Faustino, por Dios, que me ha dejado usted sin gota de sangre!

GRACIA. Papá, parece que tienes quince años.

DON FAUSTINO. ¿Pero para qué se callaban ustedes esto, que ya sabíamos de memoria Manolita y yo?

MANOLITA. El desenlace de la comedia acaso se les antoje á ustedes vulgar y sencillo; pero, no hay que darle vueltas: no tiene otro.

GRACIA. Es absolutamente de nuestro gusto. ¿Verdad, Gonzalo?

GONZALO. Verdad.

DON FAUSTINO. Yo le encuentro un solo defecto: que se veía venir.

GONZALO. Pues no será porque haya faltado quien quisiera torcer el curso de la corriente que á él nos llevaba. Pero sin duda lo que debe ser, es, más tarde ó más temprano. Á Gracia. Alegrémonos con nuestra dicha, que ha nacido... de querer hacer la de los demás.

FIN DE LA COMEDIA

EL AMOR QUE PASA

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el TEATRO ODEÓN, de Buenos Aires,
el 10 de Setiembre de 1904.